

llega á la escarpada orilla, salta á tierra y con su pié empuja la barca á merced de las ondas. Libre Gessler con trabajo de su furia, amenazaba al fugitivo con una terrible venganza, cuando la flecha de Tell le atravesó (1).

Emancipados los conjurados del tirano cuando menos lo pensaban, se mantuvieron tranquilos hasta el primer día del año 1308, en que se apoderaron á viva fuerza, ó por astucia, de los castillos de los señores. Un jóven de Unterwald introdujo á sus camaradas en el de Rozberg, por medio de la cuerda que le había echado una mujer á quien amaba. En Sarnen entraron en el patio como para llevar el aguinaldo de costumbre el primer día del año: lo mismo sucedió en otras partes. Habiéndose reunido después en Brunnen, celebraron los tres cantones de las selvas una alianza por diez años.

Ya había sido derrotado Alberto en la jornada de Donnerbühl por los berneses, quienes destruyeron los castillos de los barones parciales suyos. Tratando entonces de rebelion lo que no era otra cosa que la defensa justa de derechos amenazados, se había puesto en marcha animado de una violenta cólera, cuando su sobrino le hirió de un golpe mortal (2). La venganza de su viuda hizo correr torrentes de sangre, pero no sofocó ni acabó con la libertad. Leopoldo, hijo segundo de Alberto, pensó más seriamente en ello, y á la cabeza de la nobleza feudal del Austria asaltó á los montañeses, confiando de tal modo en la victoria, que había hecho provision de cuerdas para ahorcarlos ó para llevarlos esclavos.

(1) En la crónica de Saxo Gramático, muerto un siglo antes que Guillermo Tell, se halla narrado el mismo hecho como acaecido á Toko, bajo Haroldo Blaataud, rey de Dinamarca en el siglo x. En 1760 apareció impreso en Berna, *El Guillermo Tell, fábula danesa*, libro en que se señalaba esta analogía para quitar todo crédito á la narración nacional: levantose contra esta obra una reprobación universal; el autor desconocido fué condenado á muerte por contumacia y refutado por muchos escritores, entre otros por Baltasar de Lucerna en la *Defensa de Guillermo Tell*, y por el hijo del célebre Haller en el *Rede über Wilhelm Tell*. Actualmente se cree que el autor del folleto anónimo era V. Freudenberger, ministro de Ligerz, y lo que en él pareció crimen de lesa nacionalidad, vino á ser casi una opinión común, tanto más, cuanto que un hecho idéntico se halla atribuido á un Guillermo Tell respecto de un conde de Seedorf, del canton de Uri, familia estinguida en el siglo xii, y el nombre Gessler no figura en la serie de los gobernadores de Küssnacht. Causa repugnancia negar una acción atestiguada tan solemnemente por las crónicas, por los cantos populares y por la tradición constante; pero ¿quién ha calculado bien todavía el valor de la tradición? Se ha supuesto que los suizos habían emigrado originariamente de la Escandinavia, y traído de allí esta leyenda; pero esta emigración se remontaría mas allá de Toko y de Haroldo. Véanse las opiniones que hay sobre esto en L. IDELER, *Die Sage vom Schusse des Tell*, Berlin, 1826, y L. HEUSSEL, *Die Sage vom Tell*, Heidelberg, 1840.

(2) Véase la pág. 344.

Batalla de Morgarten.—Después de haber invocado los confederados con la oración al Dios protector de los pueblos, se apostaron cerca de Morgarten, en número de mil y trescientos, armados sólo de alabardas, para hacer frente á las pesadas armas caballerescas. Cincuenta desterrados llegaron á ofrecer sus brazos en defensa de la patria, si quería recibirlos en sus filas. Pero no habiendo sido admitidos tomaron posición fuera de los límites de Schwitz, y descargaron sobre la caballería enemiga tales moles de rocas que desbarataron sus filas. Aprovecháronse de esto los terribles pastores para poner á los enemigos en derrota: derogándose después la sentencia de destierro contra aquellos cincuenta generosos auxiliares, renovaron su confederación á perpetuidad.

Otros cantones solicitaron entrar en la liga: primero Lucerna, á pesar de la oposición de la nobleza (1332); luego Zurich, ciudad populosa y rica (1351); en seguida Glaris y Zug (1352). Todo lo había puesto por obra el Austria para contener este engrandecimiento, ora sembrando la discordia, ora empleando la guerra abierta. Y Leopoldo sitiaba á Soleura, cuando saliendo de madre el Aar de repente, se llevó á una porción de soldados austriacos. Olvidando entonces aquellos generosos ciudadanos que eran enemigos, acudieron para libertarles de la muerte, y después de hacerles entrar en calor y nutrirlos los enviaron á su campamento. En todas partes, en vez de matar y de oprimir, como hacían los invasores, salvaban la vida y daban la libertad, aumentando de esta suerte el número de sus amigos; y resplandeciendo en todas las alturas fuegos artificiales, anunciaban á lo lejos las victorias que aseguraban la independencia del país y la incorporación de nuevos hermanos.

Alberto II atribuía especialmente grande importancia á la sumisión de Zurich. Llegó, pues, á atacarla con treinta mil infantes y cuatro mil caballos; pero se tuvo que dar por venturoso con obtener la paz. Sin embargo, tuvo cuidado de insertar en el tratado ciertas cláusulas, que indicaban un derecho de soberanía feudal sobre los cantones de las selvas (1353). De aquí resultaron motivos de desavenencia.

En esto fué acusada Berna de alimentar la enemistad contra los barones y de escitar el descontento entre sus vasallos. De esto resultó que los señores de Uchtland y de Argovia se ligaron contra ella, y pretendían arrasarla con 700 señores, 1,200 caballeros, 3,000 hombres á caballo y 15,000 infantes. Reducida, empero, á sus propias fuerzas, no cayó en desaliento; los ancianos tomaron las armas con los demás, y á su cabeza el caballero Rodolfo de Herlach, á condición de que se le jurase una obediencia absoluta, pudiendo sólo la disciplina ayudar á triunfar del número. Habiendo, pues, reunido á los habitantes útiles, y el pequeño número de auxiliares enviados por los cantones suizos, se puso en marcha para hacer levantar el sitio de Laupen, y ganó una célebre batalla. Después de

aquella victoria Berna entró en la liga, y pronto se encontró á la cabeza del más estenso y poderoso canton de la Suiza, que parece reúne los diferentes climas y pueblos de la confederación, desde los austeros valles del Grindelwald y de Lauterbrunnen hasta las arcádicas delicias del Oberland. De esta manera contó la Confederación suiza ocho cantones (1355), número que permaneció el mismo durante ciento veinte y cinco años.

Alberto II pretendía obligar á Zug y Glaris á renunciar á su alianza con los cantones silvestres. Carlos IV cuya intervención reclamó, se adelantó con un ejército para obligarles á ello, pero fué en vano, y Alberto se vió precisado á consentir en una tregua (1358), que por espacio de veinte y cinco años dejó en una paz tan completa á los cantones que para nada suenan los suizos en este tiempo.

Hubieran podido unirse éstos á las ciudades de Suabia, que tenían los mismos enemigos é intereses; pero los cantones democráticos envidiaban las ciudades, y estos celos eran recíprocos; permanecieron, pues, aislados, y cuando cincuenta y una ciudades rhenanas de Suabia y de Franconia pidieron confederarse con ellos, los cuatro cantones se negaron, diciendo: *Nuestro brazo y la ayuda de Dios bastan á nuestra independencia*. Aun en el interior, las ciudades declararon la guerra al campo, y los campesinos á los señores queriendo verse libres, no solo de este ó de aquel baron, sino de todos ellos.

Guerra de Kiburgo.—Los señores de Kiburgo, aunque despojados por los Habsburgos, conservaban algunas posesiones disputadas por la ciudad de Soleura. Vuelto á sus hogares Rodolfo de Kiburgo, con mucha gloria y poco dinero, después de haber guerreado en Normandía como aventurero, quiso indemnizarse ocupando á Soleura; pero evitaron la sorpresa y tuvo que contentarse con asolar los huertos de las cercanías. Resultó de ello una guerra, donde se mostró el valor de los suizos, al mismo tiempo que la animosidad de los señores. Leopoldo de Austria, sobrino de aquel que había sido derrotado en Morgarten, acudió á abatir el orgullo de los confederados, que no querían dejarse hacer esclavos por su vasallo, y que enviaron su declaración de guerra á ciento sesenta y siete señores en el espacio de doce días.

Batalla de Sempach.—Marchó Leopoldo sobre Sempach (9 de julio de 1386), y cuatro mil nobles caballeros que formaban la vanguardia, comenzaron el ataque. Pero siendo desfavorable el terreno para la caballería, echaron pié á tierra, y después de haber cortado los largos picos retorcidos de su calzado, se adelantaron en batallones en masa de cuatro filas, en las que las lanzas del cuarto estaban al nivel de las del primero, oponiendo de esta manera al enemigo una muralla erizada de hierro. En vano trataron los suizos de cortarla, hasta el momento en que Arnoldo Winkelried, caballero de Unterwald, resuelto á dar la

vida por su patria, gritó á los suyos: *Os recomiendo mi mujer y mis hijos; os voy á abrir paso, seguidme*, se abrazó á tantas picas como pudo, apretándolas contra el pecho, mientras que sus compañeros, precipitándose por aquella brecha, introdujeron el desorden en la falange enemiga. Seiscientos cincuenta y seis barones, caballeros, abanderados, fueron derrotados, la bandera austriaca fué abatida, y el mismo Leopoldo fué herido y después muerto por un pastor; los demás emprendieron la fuga.

En la batalla de Laupen, un capellan no había cesado de tener el Santísimo Sacramento á la cabeza del ejército. Antes de llegar á las manos en Sempach, los intrépidos montañeses se arrodillaron para rogar á Dios:—rogar á Dios es vencer á los tiranos. En un canto popular de Alberto Tschudi, zapatero de Lucerna, se encuentran estas palabras: «Los suizos religiosos se prosternan en tierra, y ruegan al cielo en alta voz: ¡Oh Jesucristo, poderoso Dios, en nombre de tu muerte y de tu pasión, concédenos tu apoyo, á nosotros pobres pecadores; libéranos de la angustia y del peligro! ¡Buen Dios, protege este país y los que le habitan; sosténle, consérvale la libertad!»

Después de un año de tregua (1388), habiendo reparado sus pérdidas los austriacos, atacaron á Glaris; pero de nuevo fueron batidos en Náfels. Entonces se decretó que todos los años, el primer jueves de abril, acudiría un hombre por vecino á Náfels para permanecer allí doce días en rogativas y fiestas. Cuando la procesion llegaba á la bandera de Glaris, se recitaba la historia de las dos jornadas de Sempach y Náfels, mencionando los nombres de los ciudadanos que habían perecido allí; habíase dicho una misa por ellos y se tributaban acciones de gracias á Dios, á la Virgen, á San Fridolino y á San Hilarion, patronos de la Suiza.

Aprovecháronse de su victoria los confederados para hacer nuevas adquisiciones, hasta el momento en que se concluyó la paz en Viena por siete años. En aquel intervalo organizaron su confederación, en la que crecía el elemento popular desde que tantos barones y condes habían perecido en las batallas anteriores. La fama de los valientes pastores que en cinco años habían conseguido cuatro grandes victorias sobre lo selecto de los caballeros alemanes, se extendió fuera; el nombre de los habitantes de Schwitz vino á ser el de todos los helvecios (*schwitzer*); y ya por ambición y con miras particulares, ya por amor al dinero, descendieron de los valles del Reuss y del Tesino para pelear en Lombardia, donde tuvieron que luchar contra las tropas de los Visconti, en los montuosos países que debían después formar parte de sus bailiatos.

Grisones.—Por la otra parte de los Alpes, los restos de los antiguos etruscos, refugiados en la Retia, en medio de inaccesibles rocas, donde habían conservado la lengua *ladina*, habían formado también ligas. Los obispos de Coira eran allí poderosos; pero á la par de ellos habían crecido los

barones de Sax, de Rázuns, los condes de Werdenberg, de Monfort, de Tockemburgo, y los abades de Dissentis, que así como el arzobispo de Coira, eran príncipes del Imperio, y que todos fueron inmediatos cuando cayó la casa de Hohenstaufen. Varios de aquellos señores, que habían pactado con Glaris una liga que debía de durar tanto como la montaña y el valle, el obispo consideró en esto un acto de hostilidad, é hizo detener al paso los rebaños de Glaris. Los pastores tomaron las armas y saquearon el país. Confederóse el obispo con otros señores; después, habiéndosele vuelto hostil la misma ciudad de su residencia, se unió al Austria, y la guerra incendió todo el país. El hermoso valle de Schams (*sex amnes*, seis ríos) estaba dominado por los castillos de Baremburgo y de Fardun, desde los cuales los condes de Werdenberg hacían continuas rapiñas, metían sus rebaños en las mieses, ó robaban á las mujeres.

Trataron los concejos de oponerse, uniéndose, á estas vejaciones y á estas ligas. Habiéndose, pues, reunido en Truns, secundados por el abad de Dissentis, suspendieron sus *capotes grises*, de sus ferros bastones clavados en la roca, é hicieron el juramento de defender, contra todos, sus derechos. Muchos señores se unieron á ellos, otros fueron precisados por la fuerza; después, habiéndose reunido de nuevo todos en Truns (1424), juraron permanecer amigos y aliados, colocando cuerpos, bienes, tierras y soldados bajo la mútua garantía. «Nos ayudaremos con consejos y armas; la venta y la compra serán libres entre nosotros. Velaremos por la seguridad de los caminos y de la paz. Nadie podrá hacerse justicia á sí mismo, ni atentar á la libertad ó posesiones de otro, sino que todos deberán dirigirse á los tribunales competentes. Nobles y plebeyos, ricos y pobres, todos serán respetados en su persona y en sus bienes. No se pondrán trabas á la libre elección del abad de Dissentis; en caso de graves contiendas, este abad nombrará tres árbitros y tres los principales barones; y si su fallo no es observado, le hará valer de cualquiera manera que sea.»

Esta liga fué llamada *Superior*. Otra designada con el nombre de *Caddea* (Casa de Dios), se formó entre los habitantes de Rázuns, Tomiliasca, Heinzenberg y la llauura, para resistir á toda violencia, aun cuando fuese de parte del obispo y de los barones, que debieron acceder á ella. Recibieron además, en Ilantz, la adhesión de otros varios países más silvestres. Cuando los condes de Tockemburgo se extinguieron, las diez jurisdicciones que dependían de ellos se unieron con los Plata y Engadina, y resultó la tercera liga, llamada de las *Diez derechos ó iudicaturas*. Todas se unieron en Vaserol, formando la república de los Grisones (1471), que debía tener alternativamente sus asambleas en Cora, en Ilantz y Davos. Estas se encontraron pronto mezcladas á los negocios de Italia, como lo veremos después.

Apenzell había sido adjudicada por los reyes de

Francia á la abadía de San Gall, que había desmontado estas soledades. Cuno de Stauffen, abad á fines del siglo XIV, aumentaba y renovaba los tributos con rigor; y despreciaba á los montañeses. Uno de sus empleados impuso una contribución sobre la leche y sobre el queso, haciendo perseguir por perros al que no lo pagaba. Semejante tiranía no podía subsistir con los ejemplos de libertad que ofrecían las cercanías. En efecto, las aldeas de Apenzell se entendieron secretamente, ocuparon los castillos, y se unieron á los cantones suizos. El abad llamó en su auxilio á las ciudades de Suabia, sus confederadas; pero su ejército fué derrotado por los campesinos junto á Speicher (1493). Entonces se dirigió á Federico de Austria, deseoso siempre de encontrar una ocasión de vengar la muerte de su padre, y de sostener á los nobles. Pero Apenzell fué sostenida por Rodolfo, conde de Werbenberg, que despojado de sus dominios por los austriacos, hizo causa común contra los oprimidos; abandona la armadura por el cayado de los pastores, y moderando con su habilidad el valor de los montañeses, hizo sufrir una nueva derrota al enemigo (1405). Habiendo tratado en vano Federico de sorprender á Apenzell, se vió obligado á volver á pasar vergonzosamente el Rhin. Poco faltó para que los vencedores atrajesen á la confederación, también el Tirol, lo que hubiera cerrado por esta parte la Italia al Austria. Pero habiéndose reunido los señores en seis asociaciones, tomaron á su sueldo á los mercenarios de la compañía de San Jorge, y libertaron á Bregenz sitiada por los republicanos. El orgulloso abad de San Gall se vió obligado á ceder y á ponerse bajo la protección de los de Apenzell, á quienes antes mandaba; y Rodolfo fué restablecido en las posesiones de sus antepasados.

Se continuó, sin embargo, peleando, hasta que el emperador Roberto citó á las partes contendientes á comparecer en Constanza (1408), donde se firmó una alianza de Apenzell con San Gall con las condiciones de que no se reedificaría ninguno de los castillos destruidos, y que el duque de Austria recobraría las posesiones que se le habían quitado, confirmando, sin embargo, los antiguos privilegios de las ciudades y del país. Pero muy luego Apenzell fué admitido como aliado de los demás cantones (1411), aunque refrenando su ardor guerrero, impidiéndole tomar las armas sin el consentimiento de todos los suizos.

Agitábase entre tanto la Iglesia en el concilio de Constanza, y Segismundo desterró del imperio á Federico de Austria que había favorecido la fuga de Juan XXIII, y escribió á los suizos á armarse contra el enemigo hereditario, animándolos con que les concedería cuanto quitasen á aquel príncipe. Efectivamente, invadieron sus dominios y derechos, y pudieron gloriarse de haber penetrado en el castillo de Baden, donde destruyeron los aposentos en que Alberto había meditado la opresión de los Waldstetten y preparado Leopoldo las batallas de

Morgarten y de Sempach. Habiéndose reconciliado Federico con el emperador, cesaron las hostilidades, pero retuvieron sus conquistas como prenda del dinero suministrado.

Aquellos hombres tan sencillos en la formación de sus ligas, tan intrépidos en sostenerlas, no sabían mantenerse en paz, á pesar de todo. Las elecciones, la comunidad de los pastos, la rivalidad y hasta la ambición llegaban á desunirles en breve. Dividíanse también tomando partido por tal ó cual emperador, por tal ó cual papa, á la par que los barones atizaban los odios para sacar provecho de ellos, y que los duques reservaban inevitablemente su apoyo á todo el que quería perjudicar á los confederados. La triste serie de estas discordias fratricidas comenzó á la muerte del último conde de Tockemburgo, cuando una porción de pretendientes alegaron sus derechos á la inmensa herencia que dejaba á las dos orillas del Rhin. Aspirando después Zurich á conquistas, suscitó la guerra civil (1439), y trató con arrogancia á los países que quería ocupar en los dominios de Tockemburgo. Su burgomaestre se atrevió á decir á los de Usnach: «¿Ignorais por ventura, que nos perteneceis con vuestra ciudad, vuestro país, vuestras haciendas y hasta vuestras entrañas?» Pero ellos contestaron: *Allá lo veremos*. Mientras que Zurich adoptaba este tono altanero con sus hermanos, se humillaba con los poderosos, protestando á Federico, que era inocente de la sangre derramada en Sempach y Morgarten; se alió con él y le prometió, mediante el abandono de algunas antiguas posesiones de Habsburgo, su ayuda contra los confederados. Sin embargo, su poca aptitud para la guerra y las pérdidas que había experimentado en los primeros choques, donde corrió á torrentes la sangre suiza, y á que siguieron ejecuciones atroces, le determinaron á pedir á Carlos VII de Francia algunas de aquellas compañías que devastaban impunemente este país, á la sazón en paz. Regocijose de ello el monarca, y llevando consigo el delfín Luis cuarenta mil armañacs, se aproximó á Basilea donde se celebraba el concilio, quizá con la intención de disolverle según el deseo del papa. Algunos valerosos suizos que habían acudido á defenderle, rechazaron aquellas bandas aguerridas; no obstante, sorprendidos cerca de Basilea por el grueso de los armañacs, perecieron todos, á escepcion de diez y seis (1444), á quienes jamás perdonaron sus compatriotas haber apelado á la fuga.

Había alcanzado el delfín la victoria; pero á tanta costa, que no se atrevió á continuar la guerra. Retiróse devastando el país de tan horrible modo, que aun no se ha extinguido la memoria de los *desolladores*. Entonces supo apreciar este príncipe el valor de los suizos, y se perpetuó entre los dos países la paz que celebró con ellos; no cesó la Suiza de suministrar á la Francia (3), tropas pron-

tas á morir por ella ó por sus reyes con un valor y una fidelidad admirable en gente venal.

Entraron los suizos en acomodos con el Austria y se firmó la paz en Constanza entre ella y los confederados, entre ella y Basilea, entre Basilea y Friburgo, entre los confederados y Zurich, mediante mútuas concesiones. Pero debía Zurich separarse de su liga con el Austria, renunciar á las conquistas hechas, indemnizar los gastos de la guerra; estos puntos fueron ampliamente debatidos, y poco faltó para que ocasionasen una nueva lucha; pero Enrique de Butemberg, elegido por árbitro supremo, declaró ilegítima la alianza de Zurich con el Austria, mal confundida con el imperio (1450); y aquel ducado, á pesar de sus reiteradas reclamaciones, vió desaparecer su influencia en la Suiza. Entonces los cantones de Zurich, Lucerna, Schwitz y Glaris concluyeron una liga, con el abad de San Gall, que fué el primer asociado de los cantones, con derecho de asiento en las dietas; la ciudad de San Gall, libre enteramente en adelante de la dependencia de los abades, se unió también á los confederados.

En tiempo del archiduque Segismundo, perdió el Austria sus últimas posesiones en Suiza en la guerra de Turgovia (1460); una tregua de quince años que la siguió, aseguró la propiedad del país á los suizos. Habiendo acaecido después la guerra llamada de Mulhouse, el archiduque se obligó, en la paz de Waldshut, á pagar á los confederados diez mil florines en el término de diez meses (1468), ó á abandonarles la ciudad de Waldshut.

Con el objeto de procurarse aquella suma, empeñó por 80,000 florines á Carlos el Temerario, duque de Borgoña, sus posesiones de Alsacia, las cuatro ciudades forestales y la Selva Negra ó el Brigau. Nada podía convenir mejor á este príncipe que estas porciones de terreno que le daban entrada á la Lorena, á Suiza y á Italia, países en que pensaba en sus ambiciosos proyectos. Los suizos vieron el peligro, y se aliaron con la Francia contra este poderoso adversario (1474); uniéronse también al archiduque de Austria, á quien prometieron el dinero necesario para desempeñar su patrimonio. La Alsacia se hallaba gobernada á nombre de Carlos, por Pedro de Hagenbach, gran bailío de Brisach, á quien el rumor público atribuía toda clase de desafueros. Los habitantes á quienes había mandado trabajar en un puente el día de Pascua, se sublevaron y le aprisionaron. Un tribunal insurreccional se reunió, y por las declaraciones de más de ocho mil personas le condenó á muerte. Ocho verdugos se presentaron para ejecutar la sentencia; y el de Colmar, ciudad donde aun se conserva su cabeza, obtuvo la preferencia.

Esto fué un nuevo aguijón para el enojo de Carlos el Temerario, que declarando la guerra á los suizos, llevó contra ellos la terrible artillería que había hecho temblar á los Países Bajos, á Lieja y la Lorena. El conde de Ferrette decía: *Desollaremos el oso de Berna y nos haremos un pellico*. De-

(3) La primera alianza con la Francia fué hecha en 1492.
HIST. UNIV.

trás de los soldados había multitud de escuderos, mercaderes y jóvenes esclavas; de modo, que los montañeses, al ver tanto lujo, decían á Carlos, que había más oro en las espuelas de sus caballeros, que aquel que podría hallarse en todos sus cantones. Carlos, sin embargo, se mostró casi siempre vestido sencillamente con un pobre traje ceniciento, como Napoleón en medio de sus brillantes mariscales. Tenía á sueldo guerreros ingleses, flamencos, y especialmente italianos. Se proponía después de haber destrozado á los suizos, rivalizar con Aníbal, entonces su héroe favorito, é ir á mostrar su poder y sus riquezas á la Italia. Tenía, en efecto, por amigo al duque de Saboya; y el de Milán que le era adicto y los soldados, que eran de este país, le habían por todas partes procurado inteligencias.

Aquí principian combates, cuyo desenlace es diverso. En el Franco-Condado, en el país de Valdo, en el Valés, los suizos dirigen sus armas contra los señores que se habían confederado con el enemigo de la patria. Pero habiendo abandonado el emperador á sus aliados, Carlos se apoderó de la Lorena (4), y llevó contra los suizos (1475) sesenta mil guerreros feroces, saqueándolo todo á su paso, ahorcando, asesinando á los que le habían hecho frente en Granson con un valor digno de mejor suerte y se habían rendido á discreción. Veinte mil suizos acuden entonces á vengar á sus hermanos, gritando ¡Granson! El valle retumbó al son de dos trompetas que les había dado Carlo-magno y que se llamaban el toro de Uri y la vaca de Unterwald. Llegados á presencia del enemigo se pusieron de rodillas, no para pedir gracia como lo creyeron los borgoñones, sino para invocar al Dios de la venganza; Carlos el Temerario fué derrotado por la primera vez, y dejó á los vencedores un numeroso botín: cuatrocientos veinte cañones, diez mil caballos, y tantas alhajas, que su valor no era menos de 1.000.000 de florines, sin contar lo que fué robado. Dícese que Carlos fué el primero que hizo tallar diamantes, y que llevaba muchos de ellos con otras joyas de inmenso valor. Un paisano que había encontrado un diamante del tamaño de media nuez, lo vendió á un sacerdote por tres libras; después pasó á muchas manos. En fin, Luis el Moro, le cedió á Julio II por 20.000 ducados, y en el día brilla en la tiara. Otro, vendido más caro, tuvo asimismo muchos propietarios, hasta que vino á hallarse en el número de las joyas de la corona de Francia (5). Después de haber

(4) HUGUENIN.—*Hist. de la guerra de Lorena, y del sitio de Nancy... obra enriquecida con detalles inéditos, sacados de las crónicas de Metz y de los archivos de Lorena.* Metz, 1837.

(5) Es llamado el Sancy, por el nombre del Señor de Sancy que le compró. Estaba valuado, en el siglo pasado, en 1.800.000 libras tornesas. Enrique VIII compró otro que pasó después á manos de la reina María y de ella á los austriacos que le conservan en Viena.

quedado por tres días sobre el campo de batalla, según costumbre, los confederados volvieron á sus casas, con banderas desplegadas, cantando himnos al Dios de la libertad.

Batalla de Morat.—Furioso Carlos, hace nuevos preparativos, alistando un hombre por cada seis é imponiendo una contribucion de un sueldo por otros tantos. Galeas Esforcia deja pasar por el Milanesado á todos los hombres reclutados por el duque: el rey de Francia observa los acontecimientos prevenido (1476). Prepáranse los suizos á atacar al enemigo, y desde los hielos de Lausanna hasta las bocas del Aar, de cada dos hombres empuña una las armas: luego cuando Carlos pone sitio á Morat, caen sobre él y le hacen experimentar una completa derrota. Veinte mil hombres quedaron sobre el campo de batalla, y reunidos sus cráneos en osario, quedaron por largo tiempo como aviso á los extranjeros para que no provocaran á hombres libres y unidos (6).

Muerte de Carlos el Temerario.—Quedó Carlos tan afligido de este descalabro, que se dejó crecer la barba y cayó enfermo de bilis. Viendo después al duque de Lorena sacar provecho de la victoria de Morat, llegó á asediar á Nancy; pero, reunido el duque á los suizos, le derrotó y pereció en medio de la nieve (1477). Así fué como este último soberano de la Borgoña, afamado por su firmeza, su justicia, su buena administracion, si bien más todavía por su ambicion insaciable, dejó esta hermosa provincia espuesta á las picas de los suizos, que en tan pocos años habían ya instruido á muchos príncipes, y que quitándole entonces la vida, contribuyeron poderosamente al engrandecimiento de Austria, su enemiga. No podía persuadirse el pueblo de que hubiera muerto Carlos, y dos años después vendían los mercaderes á condicion de que no se les pagara el objeto comprado hasta que el duque estuviese de vuelta. Maria, su heredera, se apresuró á celebrar con los suizos una tregua y alianza, en la que consintieron, mediante cincuenta mil florines. Luis XI, que sabía vencer con el oro á los que triunfaban con las armas, pensó en atraérselos ó en contemporizar con ellos, pero como no lo consiguiera, no quiso indisponerse con una nacion tan formidable, y renovó la alianza pagando veinte mil libras á cada uno de los cantones por diez años, y otro tanto á sus jefes.

Estas corruptoras riquezas sembraron un gérmen funesto entre hombres que ni el Austria ni la Borgoña habían podido domeñar, y aquellos toscos montañeses se dejaron engañar por títulos y cadenas de oro. Friburgo, que había estado sometida al Austria, se había encontrado de tal manera endeudada, que para libertarse, se había empeñado,

(6) D. O. M. *Caroli inclity et fortissime Burgundia ducis exercitus Moratum obsidens ab Helvetiis casus, hoc sui monumentum reliquit; es decir, sus huesos. Los republicanos franceses destruyeron este monumento.*

como un inmueble dado en hipoteca, con respecto al duque de Saboya, su principal acreedor. Rescatóse entonces de aquel príncipe por un tratado y formó un nuevo canton. Este con Berna, Zurich, Lucerna, Soleura, queriendo proveer á su comun defensa (1481), concluyeron un pacto de conciuadania, asociacion que debia prevalecer sobre cualquier otro lazo político, escepto el de la confederacion. Los tres cantones montañeses, que habían adquirido en Lombardia un renombre terrible por la batalla de Giornico, concibieron envidia, y se trató nada menos que de reducir á Lucerna á aldea; las dietas degeneraron en tumultuosas querrelas, afilábanse las armas y la discordia estaba próxima á operar lo que la fuerza no había podido hacer.

Nicolás de Flühe.—Vivia entonces en Unterwald Nicolás de Flühe, que después de haber cumplido cincuenta años los deberes de un buen ciudadano, y peleado en las guerras de la independencia, sin haber ambicionado ni rehusado los honores, había abandonado su mujer é hijos para retirarse á Melchtal, en una piadosa soledad. Numerosos testigos manifestaban que había vivido veinte años sin más alimento que la hostia: así fué venerado como un santo. Informado de las discordias que agitan á la confederacion se presenta en la asamblea de Stanz, y con sencillas palabras, pero llenas de sentimiento, induce á hacer la paz, á admitir los pactos de conciuadania particular, y á admitir en la confederacion á Friburgo y Soleura. Fué escuchado, y concluido un nuevo pacto general entre los diez cantones, determinó los confines, la defensa, el procedimiento, el comercio. Después de haber operado el mayor de los milagros, Nicolás Flühe volvió á su oscura santidad.

Habiendo tenido también los grisonos diferencias con el Austria, hicieron á su vez alianza con los cantones suizos, y recibieron auxilio de ellos. El archiduque Maximiliano, que dijo á sus diputados: *Miembros indóciles del Imperio, yo iré á visitarlos con el acero en la mano*, recibió de ellos esta respuesta: *Rogamos á vuestra Majestad que se abstenga, en atencion á que los suizos son gentes toscas que no conocen las consideraciones debidas á las testas coronadas.* Mandó, pues, á la confederacion suabia tratar á los suizos como enemigos; comenzó la guerra con vigor, y en ocho años, ocho batallas ensangrentaron las montañas, devastando

lo todo y produciendo hambre y epidemias. El valor de los suizos y de los grisonos causaba grandes estragos en los valles réticos, y hacia temblar á Maximiliano con impotente rabia. En fin, el rey de Francia Luis XII, y Luis el Moro, duque de Milán que deseaban reclutar soldados entre ellos, se interpusieron, y la paz de Basilea volvió las cosas á su primitivo estado (1498).

Basilea y Schaffouse, tan importantes para la Suiza, fueron unidas, en 1501, á la confederacion, que se encontró en fin completada en 1513, por la admision de Apenzell, lo cual formó los tres cantones. Tuvo la Suiza además diferentes asociados, tales como la ciudad de Mulhouse, la de Bienne, el Valés, Neufchatel, Ginebra. Duraron allí los derechos señoriales hasta la invasion francesa de 1798, época en que la batalla de Neuenack manifestó que aquel valor, que constituye casi el único carácter comun en la historia de aquel país, tan extraordinario en los hechos y en las ideas, no había degenerado. Sucesivas agregaciones redujeron á la unidad el cuerpo menos homogéneo sin destruir las diferencias originarias; y Neufchatel monárquica, los aristócratas grisonos, la oligárquica Berna, los toscos Waldstetten, Ginebra la civilizada, católicos, protestantes, hombres libres de antigua fecha, siervos aun más antiguos, borgoñones, franceses, alemanes, italianos, sin centro ni límites estables ni lengua ni religion nacional, presentan una cohesion que es uno de los problemas más curiosos en el orden político.

Una vez constituida enteramente la Confederacion suiza, pronto quiso tener súbditos; y la Turgovia, la Valtelina, Bellinzona, Lugano, Livio, Mendrisio y Valmaggia manifestaron cuán duro y pesado es el yugo republicano. Fué aun más deplorabile el tráfico que los suizos principiaron á hacer de su sangre, y al cual no han renunciado hasta ahora, aunque los cambios sufridos en la organizacion militar hayan disminuido mucho la importancia de tales auxiliares. Espiaron, por lo demás, cruelmente la culpa de vender su valor para la opresion de los pueblos con la corrupcion interior, con las cuestiones fratricidas, y con la costumbre de derramar, por causas extranjeras, aquella sangre generosamente empleada en fundar la libertad de su país: perdieron el respeto á los magistrados, el gusto á la agricultura y á la industria y su primitiva sencillez.